

EL ECO LITERARIO.

SEGUNDA SÉRIE.

En Valencia 4 rs. al mes.

Núm. 16.--Domingo 19 de agosto de 1849.

En provincias 15 rs. por trimestre.

INTERESES MATERIALES.

MEMORIA FACULTATIVA

sobre la formacion de un puerto en Cullera.

(Conclusion.)



DEMÁS de este descargadero, habrá otros en rampa y otros en escalinata distribuidos convenientemente en el muelle, isleta y camino, los cuales estarán abiertos en la misma roca. Las escalinatas para subir al muelle, estarán unidas á él, y serán de dos ramales que vendrán á concurrir á una meseta espaciosa que estará á nivel con la parte superior del muelle. La pendiente de todos los descargaderos en rampa será sumamente suave por permitirlo así la pequeña altura de diez pies que tendrán sobre el nivel del mar, respecto al mucho espacio horizontal que queda disponible, por cuyo medio se logrará remolcar los fardos con mas facilidad, así como por la misma razon pueden ejecutarse los descargaderos en escalinata dando á los escalones mucha huella y una altura de 4 á 6 pulgadas, para que sea mas cómoda la subida de los bultos á lomo: todo esto sin perjuicio del establecimiento de gruas de madera, ó aun mejor de fundicion, para levantar de los mismos barcos los fardos muy pesados y colocarlos sobre el carreton ó cangrejo que los haya de conducir á su destino.

En la línea del camino que desde la aduana va al arrabal de Cullera, van indicadas tambien algunas rampas para que se pueda bajar la playa sin dar rodeos de consideracion.

Espuestas ya las obras que deben hacerse, paso á dar una idea del modo y orden con que deben ejecutarse, logrando así no la mayor economia, sino que cuanto antes empiecen á presentar las muchas ventajas que de su establecimiento deben ciertamente esponderse.

La fundacion de los dos muelles se hará á piedra perdida y se empezará por hacer el que ha de

cerrar el boquete despues de hacer la limpia en toda la estension que ocupa y que va marcada en el perfil transversal hasta 25 pies de profundidad desde el nivel de las aguas.

Para efectuar la limpia podrán emplearse pontonas de vapor de fuerza de 20 caballos cada una y provistas de su correspondiente número de gárgiles que conducirán el alga, fango y arena que aquellas saquen á la distancia de 2 ó 3,000 varas hacia la derecha de la desembocadura del Júcar.

Para conducir desde la cantera al muelle esta piedra y echarla á fondo se hará por el mismo método empleado en Plymonth y que describen con toda estension Mr. Dutens y el baron Dupin.

La piedra que durante la limpia se habrá ido arrancando del desmonte que hay que hacer en la isleta y en la montaña podrá arrojarse dando á la escollera los taludes exterior é interior que se indican, y cuidando de que los bloques que se arrojen tengan una vara cubica de volumen. Así se continuará cerrando el boquete con la escollera hasta el nivel del agua próximamente, desde cuya altura empezará la mamposteria con buen mortero hidráulico, y los paramentos serán de grandes sillares cortados á cola de milano para la mejor trabazon.

Por este medio, y observando los buenos principios de construccion en general, y en particular los que la observacion y la esperiencia ha manifestado en esta clase de obras, se conseguirá el tener establecido este pequeño muelle con toda solidéz, y suficiente por las dimensiones que he dado á sus partes, de sostener el fuerte choque producido por el movimiento de las olas.

El perfil transversal del muelle, que ha de cerrar el boquete es exactamente el mismo que el del gran muelle; en él van puestas todas las cuotas, y tanto estas como la forma que le he dado, han sido el resultado de un estudio detenido de los diferentes muelles contruidos hasta el dia en todas las naciones.

Tan luego como esté cerrado el boquete, se emprenderá la construccion del gran muelle, bajo el mismo sistema y principios que el anterior, y sirviéndose del mismo para la escollera, mamposteria y demas del desmonte que se haga para la apertura del camino que proyecto, teniendo en am-

bos mucho cuidado de unir las como es debido á la isleta y á la costa, formando gradas ó escalones en ellas para que el asiento de la mampostería, sillería etc., no se haga sobre el plano indicado que naturalmente presentan, y que daría indudablemente lugar á resentimientos que comprometerían mucho la estabilidad y solidez de la obra.

Los pilones que de trecho en trecho deben establecerse en el muelle y costa para el amarre de los barcos, serán de piedra y de la forma que manifestado, procurando además, que estén bien empotrados para que no puedan ser fácilmente arrancados.

El firme del camino con que termina la parte superior del muelle, así como todos los demás, se construirá por el sistema de Mac-Adam; después de haber establecido sobre la mampostería una capa de arena para evitar la dureza que de otro modo existiría, y dar la elasticidad que tan buenos efectos produce como se ve en el perfil, no le he dado bombeo, y si una pequeña inclinación hacia adentro para que el agua pueda concurrir.

Los perfiles números 2, 3 y 4, dan una idea bien exacta del modo con que deberá construirse el camino en la parte montañosa, y en las rampas y en las escalinatas para el embarque y desembarque. La longitud de este camino es de 5,240 pies, incluso el de la isleta, cuya distancia aumentada de los 2,200 pies de largo del muelle principal, y 325 del que cierra el boquete, forma la de 7,765 pies que hay desde la cabeza del muelle, hasta cerca de la aduana, quedando desde aquí al arrabal 9,750 pies, resultando, por fin, que desde dicho extremo del muelle al mencionado arrabal hay una distancia de 17,515 pies.

Ya he dicho antes, y repetido ahora, que la piedra que se saque de estos desmontes es la que ha de formar las escolleras, terraplenes, muros de sostenimiento, mampostería etc.: el talud he creído conveniente en él dos partes con una cuneta intermedia y mayor que la del camino, porque debe recoger el agua que caiga sobre la superficie de la montaña; tanto el agua de la cuneta superior como la de las inferiores desaguará en el mar, por alcantarillas ó conductos colocados oportunamente. Si al hacer el desmonte resultase algo floja y desmoronable, como no es de presumir, la parte en que han de ir las rampas y escalinatas, se cubrirán de un buen enlosado, á fin de que pudiesen resistir mucho mejor, y si aquellos no tuviesen lugar, no había mas que rellenar con buen hormigón las hoquedades que se presentasen.

En una de las esplanadas que quedarán por el desmonte, he establecido á derecha é izquierda de la rampa dos edificios, destinados á cuartel de Carabineros de costas, y oficinas de Sanidad del resguardo y del capitán del puerto, cuyos planes particulares no he formado, como tampoco los de la aduana, almacenes y demás edificios necesarios

en un puerto de comercio, por mejor atender al proyecto general.

Hacia el barranco del Padre Quisto, el camino atraviesa un espacio por dentro del mar, para no perder la regularidad de su dirección. Este trozo deberá construirse por medio de cajones, y en su centro se construirá un puente de un arco de 50 pies, para el pase y comunicación de las aguas que recoge la cuenca que forma el barranco, que se hará que desaguen parte de las cunetas superiores, dándoles la conveniente inclinación, sin perjuicio de las alcantarillas de que hice mención.

El camino desde la aduana hasta Cullera, cuyo perfil transversal es el señalado con el núm. 5, será en terraplen con dos fuertes muros de sostenimiento, coronados de losa de piedra de un pie de espesor, y se construirá por el sistema de Mac-Adam, y las alcantarillas que para el paso de las aguas de las vertientes de las montañas inmediatas deben establecerse, serán de sillería, y de 14 á 20 pies de luz: á uno y á otro lado del camino se colocarán guarda-cantones, siendo mayores y de distinta forma los que se coloquen á las entradas de las rampas; los taludes de mampostería se unirán con los del camino por medio de superficies cónicas para que desaparezcan los ángulos rectos que resultarían.

Todo este tramo, así como lo restante del camino hasta el extremo del gran muelle, estará horizontal por estar ó la misma altura sobre el nivel del mar, el arrabal de Cullera y el firme del camino proyectado del muelle.

Creo haber manifestado, no solo la necesidad y posibilidad de la formación de un puerto en el Cabo de Cullera, sino también las obras que para lograrlo son necesarias, y el modo de llevarlas á cabo, no habiendo juzgado conveniente el entrar en mas detalles de construcción de los que he manifestado, pues con ellos y los planos hay suficiente para el objeto de esta memoria, reducida únicamente á dar una idea general del proyecto y del coste que aproximadamente tendrán las diferentes obras que para su realización deben ejecutarse.

ADVERTENCIA.

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros lectores que con el número próximo se repartirán los planos del puerto de Valencia y el del proyectado en Cullera, acompañados de su explicación, y de una extensa refutación á los artículos que se han publicado en uno de los periódicos de esta capital impugnando el pensamiento que defendemos.

UN ADIOS AL MUNDO.

—Virgen bella, niña pura,
Que junto á mí te has criado
Tan hermosa,
Y olvidando tu hermosura,
Al Señor te has consagrado
Para siempre como esposa:

¿El mundo bello dejando
No dejas algún recuerdo?

—Ni uno; nada....

—¿Y en el claustro profesando
Nada pierdes?—Nada pierdo.

—¡Pobrecita! ¡desdichada!

—¡Desdichada! no lo soy.

¿Por qué así lo has de creer?

—¡Ay, hermana!

¿Por qué? porque no hallas hoy
Ni una memoria de ayer,
Ni una esperanza en mañana.

—¿Qué importa lo que pasó,
Si el pasado es tan cruel?

Nada á fé.

Y si un mas allá vi yo,
Tan solo un cáliz de hiel
En mi porvenir miré.

Ahora siempre en el convento,
Solo pensando en la Gloria,
Mi alma alcanza

Que á la paz ceda el tormento,
Sin guardar una memoria,
Ni contar una esperanza.

—¡Sin recuerdos, niña mia!

Yo pensaba que el cariño

A tu hermano

Siempre constante sería;

Y he pensado como un niño;

En el mundo todo es vano.

Yo creí que en lo futuro

Tendrias un pensamiento

Para mí;

Juzgaba tu amor seguro,

Y al hallarte en el convento

Mi sombra no hallara en tí.

Hoy que respirando amor
Desde muy lejano suelo

A tí vengo,

Si al contemplar mi dolor

Me dicen: «¿Tienes consuelo?»

Contestaré: «Nada tengo.»

Una hermana tuve yo,

Que era el ángel de mi vida

Adorado,

Mas cuando el siglo dejó
El claustro le dijo *olvida*,
Y ella todo lo ha olvidado.

Sus recuerdos perecieron;

Aquel corazon tan bueno

Fue olvidando

Hasta los que el sér le dieron;

Y de una tumba en el seno

Paz eterna están gozando.

—En mi corazon, hermano,
Memorias de tal valia

No confundo

Con desamor tan insano;

Los recuerdos de familia

No son recuerdos del mundo.

Por esto si has preguntado:

«Hermana, ¿dejaste allí

Un recuerdo?»

«Ni uno solo» he contestado;

Y como no te perdi,

Tambien dije: «Nada pierdo.»

Nada pierdo, y sin embargo,

Placer, amistad, amores,

Yo gozaba;

Aquel tiempo no fue largo,

Hallé amargura y dolores

Donde bien hallar pensaba.

El placer un sueño fue,

Y la amistad y el amor

Falsos ví,

Por esto el siglo dejé,

Y consagrada al Señor

Esperanza y fé sentí.

—¡Esperanza y fé! son bienes

Que jamas he disfrutado,

Niña mia;

Gran dicha, mi hermana, tienes,

Yo en este mundo abismado

Ni esperaba, ni creia.

Si en el hombre hube esperanza,

Nunca la hallé, y no es extraño

La perdiera

Quien al fin jamas la alcanza:

Para mi fé, solo engaño,

Ángel mio conociera.

Y pues cuanto me rodea,

Y emana de los mortales

Es falaz,

Pronto lejos de mí vea

Tanto engaño y tantos males,

Gozando cual tú de paz.

Los hombres abandonando

Diré con gozo profundo

Nada pierdo:

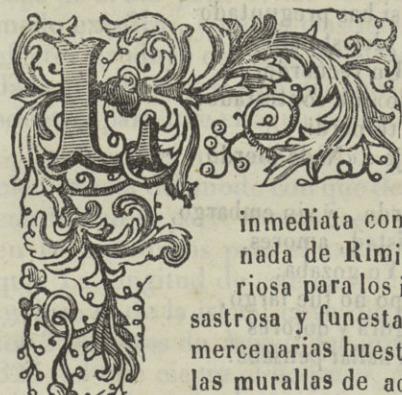
Y en mi Dios, y en tí pensando,
Al apartarme del mundo
No guardaré ni un recuerdo.

M. de Castells.

Ó TODO, Ó NADA.

FRAGMENTO HISTORICO.

(CONCLUSION) (1).



La dispersion mas completa en las filas del ejército de la usurpacion fue la inmediata consecuencia de la jornada de Rimini, tanto mas gloriosa para los italianos, cuanto desastrosa y funesta para las esclavas y mercenarias huestes de la tirania. En las murallas de aquella heroica é invicta ciudad se decidió entonces una gran cuestion de nacionalidad é independencia. Un puñado de italianos supieron y pudieron contrarrestar el poder de numerosos y aguerridos batallones de advenedizos y aventureros, que querian convertir á su patria en una colonia de naciones estrañas, y pusieron en vergonzosa retirada á las orgullosas tropas francesas que allá mandára el altivo Luis XII, sin mas objeto que quitar al papado su autoridad temporal, coadyuvando al efecto al entronizamiento del bastardo César Borgia, y constituyéndose por este mismo hecho en cómplice de los desafueros y asesinatos que este cometiera. El amor de la patria todo lo puede, y todo lo pudo en Rimini.

Dispersas, como hemos dicho, y enteramente derrotadas las fuerzas de César Borgia, y fuera ya de los estados romanos los auxiliares de Francia, todos buscaron en la fuga su salvacion. El duque de Valentinois, acompañado de sus dos inseparables amigos Galletti y Rogiero, se retiró á un grandioso y magnífico palacio que poseía en las orillas del Tíber, á curarse de sus heridas y á esconder su deshonra y su vergüenza. Algunos meses habian transcurrido y todavía era un misterio el paradero de César y su permanencia en aquel antiguo edificio; solo los ojos penetrantes de la venganza mas reconcentrada pudieran descubrir el paradero del duque

de Valentinois, pudieran introducirse en la estancia donde este ocultaba al mundo su ludibrio y su baldon. Y así fue. Un dia en que César, ya casi restablecido de sus heridas, se hallaba en su gabinete recostado en un cómodo sillón recordando la derrota que dió al traste con su poder, y formando nuevos planes para apoderarse del trono de Italia, las puertas del palacio se estremecieron á los duros y repetidos golpes de una mano impaciente. Casi al mismo tiempo, y sin que César hubiese podido formar concepto alguno sobre tan repentino y estraño incidente, se presentó uno de sus dos confidentes y le dijo que un sugeto venido de la ciudad de Roma deseaba hablar inmediatamente con él. César, creyendo seria alguno de sus antiguos amigos, mandó darle entrada. Esta orden fue desde luego obedecida: un hombre enteramente cubierto penetró en el gabinete, y sin mirar á César, ni mucho menos saludarle, su primer cuidado fue cerrar escrupulosamente las puertas; y seguro ya de que nadie podria interrumpirle, se dirigió á César, que con asombro observaba dicha operacion, y puesto de pie frente de su sillón, con voz bronca y alterada le dijo:

—César Borgia, en ocasión no muy remota, en tu horrible gabinete negro, y cuando cinco nobles y valerosos romanos luchaban con las agonías de la muerte, debidas al sutil veneno, herencia fatal de la familia cuyo apellido llevas, tuviste el inhumano atrevimiento de insultarles con estas palabras: «Ya está saldada nuestra cuenta, ya nada nos debemos.» Ahora, á mi vez, duque de Valentinois, te digo yo: desde aquella horrorosa noche empezó y tenemos pendiente otra cuenta muy larga y embrollada, que es preciso ya arreglar entre los dos, para quedar en paz y que nada nos debamos. Por eso he venido y no saldré de aquí sino completamente pagado.

—¡Esplicaos! ¿qué quereis decir? balbuceó Borgia al ver la imponente actitud del desconocido.

—¡Poca cosa! en primer lugar: que te tienes por valiente, por noble, por primogénito de los Borgias, y esto es mentira, porque tu nacimiento fue impuro, fue el resultado de un crimen, y que tu vida aventurera, tus hechos de bandido, son propios de un hombre sin familia y sin patria; son los de un degradado bastardo, esto es, los de un cobarde, los de un villano, los de un traidor, los de un asesino.... — ¡Oh! no te incomodes por estas frioleras, otras cosas vengo á decirte que pondrán pálido tu rostro y convulsos tus miembros.... En segundo lugar: que no satisfecho ni contento con llenar de escándalo la capital del mundo cristiano, te lanzaste en la carrera de la maldad, asesinando por medio del veneno á cuantos creías podrian contrariar tus infames proyectos; así murieron víctimas de tus horribles filtros los ilustres romanos, duque de Oliverotto, duque de Vitellozzo, duque de Fermo y duque de Gravina; así murió tu misma esposa, la jóven é inocente Carlota de Albret.... —Aun no he acabado, reprime la rabia

(1) Véanse los números 2, 3, 4, 6, 7, 10, 11, 12 y 14 de este Semanario.

que despedaza tu pecho, y déjame continuar.... En tercer lugar: que tan atroces atentados hicieron morir de pesadumbre y de remordimientos, *y acaso tambien por medio del veneno*, al débil Alejandro VI, arrojando desde entonces la máscara hipócrita que te cubría y proclamándote, no el rey de Italia, no; sino su tirano: te rodeaste de miserables esclavos, de gentes perdidas, y reclamaste y admitiste, con mengua y degradacion de la altiva Italia, á estrangeros, á los soldados que te envió el rey de Francia Luis XII....

César ya no tuvo paciencia para dejar continuar al desconocido; se levantó furioso del sillón, y exhalando un grito de despecho, se lanzó hácia él, y le dijo:

—¡Ya no mas! ¡O dí quién eres, ó aqui encontrarás tu sepulcro!...

—Te aconsejo, César, repuso con la mayor impasibilidad y sangre fria el desconocido, que no grites, porque.... ¡mira! vengo prevenido—y le enseñó un bien afilado puñal.—Ya concluyo.

—Y por último: tu insensato orgullo ha hecho deramar á torrentes la sangre en las murallas de Rimini; y no avergonzado ni escarmentado todavía, ahora mismo tu loca ambicion te sujeria nuevos planes para convertir la Italia en un vasto cementerio..... ¿Quiéres saber ahora quién soy? pues bien; te lo voy á decir; pero tiembla al saberlo, porque en seguida voy á pedirte estrecha y terrible cuenta de los inícuos hechos que acabo de referir, y de que tú solo eres autor.... Soy uno de aquellos cinco nobles que tú envenenaste, y en su agonía insultaste en tu infernal gabinete negro, debiendo su salvacion á un contraveneno; y que despues de jurar solemnemente, ante sus moribundos compañeros, vengarles y vengar completamente á la Italia, se arrojó al Tíber por una ventana que olvidaste cerrar con llave. Soy el embozado que en cierta noche te entregó una carta de tu muger, la infortunada Carlota Albret, dirigida á un hermano, y no á un amante como tú creiste. Soy Stephano, el astrólogo, que fulminó sobre tí el anatema, y te humilló hasta arrojarte al suelo. Soy el gobernador de Rimini, Leopoldo de Vaugran, que traspasó tu cuerpo con su espada, y que te hizo morder el polvo, y que derrotó tu ejército, y te llenó de ignominia, é hizo pedazos tu escudo de armas, que has tenido la audacia de colocar otra vez en esa pared. Soy, en una palabra, Pablo Orsini.—Y al decir esto, arrojó lejos de sí la capa y sombrero que todavía le desfiguraban á los ojos de César.

Apenas éste oyó el nombre de Pablo Orsini, y conoció que en efecto era él, un temblor convulsivo se apoderó de todos sus miembros, una palidez mortal cubrió su rostro, y en medio de una terrible agonía, con voz casi ahogada por la falta de respiracion, pudo decir:

—Rogiero, Galleti, socorredme, ¡apresuraos!

—Ya vendrán esos tus cómplices y dignos consege-

ros, pero será para arrojar tu cádaver al Tíber. No esperes otro socorro.

—Pero, Orsini, compadécete de mí, ténme piedad, perdóname, que yo te juro el ser ya hombre de bien, y vivir tan solo para expiar los crímenes que he cometido. ¡Perdóname, Orsini!—y cayó á sus pies.

—¿Compasion, piedad y perdon imploras de mí, ahora que ha sonado ya la hora de la venganza? ¡No, César, no! tú no tuviste piedad ni compasion, cuando arrojados á tus pies te las demandaban las víctimas que has inmolado.... ¡No, César, no! tú no perdonaste á mis infortunados amigos y compañeros Gravina, Oliverotto, Fermo y Vitellozzo.... ¡No, César, no! llegó el momento preciso de cumplir el juramento que hice sobre sus palpitantes cadáveres, y no quiero que sus sombras se levanten de los sepulcros y me acusen de mal caballero y de cobarde, y me pidan cuenta del juramento que les hice. ¡No hay perdon para tí, para un mónstruo como tú!!!

—¿Segun eso, quieres matarme indefenso? ¿quieres asesinar-me?... ¿y es esto propio de nobles y precia-dos caballeros como tú? repuso Borgia levantándose con rapidéz y con ademan altivo.—Recuerda, Orsini, que soy noble, que soy caballero, y que como tal, sabré batirme y morir, si preciso es, pero en lid igual y honrosa.

—¡Basta ya! Te he dicho hace poco que no eres noble ni caballero, y si solo un miserable asesino, que debe morir como mueren los asesinos. Pero, hasta vergüenza tengo de manchar mis manos con tu villana sangre. Toma este puñal.... ya debes saber el uso que quiero hagas de él....

César tomó el arma suicida, reflexionó algunos instantes; á poco brillaron sus ojos, asió con mano firme el puñal, y abalanzándose á Pablo Orsini, le asestó un golpe que hubiera acabado con su existencia, á no hallarse prevenido á tan rudo ataque. Orsini se arrojó como un leon furioso sobre César, y á los gritos de ¡cobarde! ¡maldicion! hundió por tres veces el puñal en su corazon. Luego, levantando los ojos al cielo, exclamó: «He cumplido mi juramento; ¡amigos míos, os he vengado!» En seguida, subió sobre un sillón, y arrancó de la pared el escudo de armas, orlado con la inscripcion ó TODO ó NADA; lo hizo mil pedazos, que arrojó sobre el cuerpo agonizante del tirano, que todavía pudo observar ésta su última afrenta y baldon para exhalar su postrimer suspiro.

Convencido ya Orsini de que era cádaver, abrió las puertas del gabinete, y con voz fuerte y serena llamó á Galleti y Rogiero, quienes no tardaron en presentarse: pero quedaron como petrificados en el dintel de las puertas al observar el horroroso aspecto que presentaba aquella estancia. Pablo Orsini, que conservaba el puñal en su terrible diestra, se acercó á ellos, y les dijo con la mayor entereza.

—¿Qué os detiene? ¡entrad! El duque de Valentinois, os confió en otro tiempo una mision, bien triste por cierto, pero propia de su alma perversa. Se redu-

cia á arrojar cinco cadáveres desde el memorable gabinete negro, al Tíber. Aquella mision no la desempeñasteis por completo; en vez de cinco, solo arrojasteis cuatro cadáveres. Pues bien, ha llegado la hora de que completeis vuestra comision, y de que se os pague el trabajo—y tiró á sus pies una bolsa llena de oro.—El cadáver que teneis á la vista es el que os faltó en el gabinete negro. En el acto os mando que lo arrojéis al Tíber, que tambien pasa por debajo de esa ventana.

Aquellos dos infames cómplices de César Borgia, poseidos del mas pánico terror, no tuvieron medios para resistir tan espresivo mandato, y á los pocos minutos, el cadáver del poderoso tirano de Italia, yacía en las profundidades del viejo rio de Roma.

Pablo Orsini, mientras se verificaba esta operacion, se entretuvo en grabar en letras grandes, con la ensangrentada punta de su puñal, esta inscripcion:

NADA.

Jaime Ample Fuster.

EL MENDIGO.

LEYENDA ORIGINAL.

(Continuacion.)

Y unido á la comitiva
Del duque de Alba, don Juan,
Despues de victorias muchas,
A España pudo tornar.

A España, donde la fama
Había estendido ya
Sus acciones, sus victorias,
Y hecho su nombre inmortal.

Pidió á Felipe II
Permiso para pasar
A Sevilla, y muy en breve
Allí se halló el capitán.

Mas no halló lo que anhelaba
Su cariño paternal:

En vano buscó á su hijo
Día y noche sin cesar.

Pues la muger que cuidara

Con ternura maternal,

Al tierno niño, yacia

En lóbrega tumba ya.

Y al ver vanas sus pesquisas,

Y siendo vano su afán,

Tornóse á la corte al punto

Con presteza sin igual.

Pero dejóse un amigo

Con encargo de indagar,

La suerte del hijo suyo

Que vió una vez nada mas.

Tambien recordó en Sevilla

A Leonor, triste beldad;

Mas como allí no la vió

No volvió en ella á pensar.

Y en la corte gozó dias hermosos;

Por sus laureles recibió loores:

Disfrutó de festines deliciosos,

Y por fin encontró.... nuevos amores.

Y la triste beldad que antes amaba,

Su alimento infeliz, por Dios pedia;

Pero don Juan, ingrato, no pensaba

En la muger que por don Juan gemia.

En sus nuevos amores estasiado,

Los tres dias pasó que trascurrieron

Desde el último lance acalorado,

Que con furia los dos se despidieron.

Y aun quiso hablarle por la vez postrera

La misera Leonor, que la esperanza,

Por mas que débil y remota fuera,

Le impedía dar cima á su venganza.

Llegó á la casa, pues, del caballero,

Y un pequeño billete allí entregando,

Mientras vino el mensaje del guerrero

En la escalera se quedó esperando.

Tornó el criado á quien le dió el billete,

Y con humilde voz dijo:—«Adelante,

Os aguarda don Juan en su retrete.»

E introducida fue en el mismo instante.

Pedro Campos.

(Se continuará.)

POLITICA Y AMOR.

(Continuacion.)

CAPITULO IV.

EL TORMENTO.



El bronco sonido de la campana del palacio de justicia acaba de indicarnos que son las tres. Colocados á la puerta de uno de sus lóbregos pero magestuosos salones, observaremos, aunque con dificultad, los sañudos y tétricos semblantes de seis inquisidores, que por su lúgubre apariencia parecen mas bien ministros dispuestos á esgrimir la terrible espada de la venganza, que sabios y rectos jueces, encargados de dirigir la justicia ó aplicar la clemencia.

Un hombre despojado de grillos y traído entre dos filas de soldados, acaba de adelantarse hasta el centro de la sala. Apartados momentáneamente los hombres de armas que hasta allí le han conducido, y colocados guardadores de la puerta por donde han entrado, una breve pausa es interrumpida por la voz del presidente de aquel lúgubre tribunal, que da principio al interrogatorio.

—¿Sois Alberto Duné?

—Lo soy.

—¿Dónde os prendieron y por qué causa?

—Me prendieron presidiendo una reunion masónica; sin duda fue esta la causa.

—¿Cuál era pues el motivo que os indujo á presidir una reunion reprobada por Dios y los hombres?

—El deseo de libertar á mi pátria de la funesta influencia de los partidarios de la ignorancia.

—¿Os es dado acaso, pobre criatura, el poner los ojos siquiera en las disposiciones del soberano? ¿No sabeis, desgraciado, es el sol encargado de alumbrar con su resplandor, y de quemar con sus rayos cuando se le dirigen atrevidas miradas?

—Ignoro de todo punto lo que me decis: solo sé pertenece mi vida al pais que me vió nacer, por consiguiente, debo sacrificarla si es necesario, á su felicidad.

—Entonces ignorais que el que no respeta las leyes y las costumbres del pais en que ha nacido, es una yerba silvestre encargada de dar muerte y destruccion á la sana planta que nace á su lado; por consiguiente, no comprendereis el derecho, la justicia que asiste al jardinero que arranca de raiz, esa malhadada y perjudicial planta.

—Si me permitis, siguiendo vuestra metáfora, os contestaré, que comprendo muy bien es un jardinero indigno, y merecedor de que se le arroje del jardin, el que con la hoz en la mano siega las lozanas plantas encargadas de darle vida y nombre, y procura tan solo, por las que con su mala sombra se oponen á su hermosura y engrandecimiento.

Una terrible palmada que al levantarse de súbito descargára el presidente sobre la mesa, ofuscó algun tanto las últimas palabras de Alberto, á quien contestó seguidamente.

—¿No vés, miserable jóven, que la muerte está ante tus ojos esperando su presa?

—Lo veo; pero debiais haber comprendido por mis respuestas, que creo de mi obligacion luchar por el bien de mi pais; y entregar mi vida en las aras de este deber, es para mí un honor que todo vuestro terrible poder será impotente á quitarme.

—Basta ya; vuestra loca temeridad os arrastra á nuestro pesar al cadalso.

Una breve pausa, dió lugar á que prosiguiese el presidente con voz mas suave.

—Jóven, el valor es simpático, y voy á proponeros el único medio que aun os resta para salvar vuestra vida. Confesad los planes, decid los nombres de los compañeros vuestros que, lograron escapar al golpe de la justicia, y os prometo que vivireis.

—Nunca quise vivir deshonorado. Nada sabreis.

Puesto nuevamente de pie el presidente, y con mal reconcentrada cólera, contestó al preso.

—Pues bien, Alberto Duné, ya que habeis escarnecido nuestra tolerancia y nuestra clemencia, oid bien; si antes de dos horas no escribis en el papel que se

dejará en vuestra prision, los planes y nombres de vuestros maquiavélicos compañeros, estamos firmemente decididos á que os los arranque el dolor del tormento.

Apartó mi pluma con el fin de no trasladar al papel la horrible impresion de estas palabras pronunciadas ya muy entrado el siglo XIX; ellas caerán como negras manchas sobre los hombres que las pronunciaron, y darán una idea mezquina y miserable de los que tímidos ó insensibles las permitieron.

Alberto recibió sin embargo esta sentencia con la calma de un mártir, y dirigiendo al cielo una suplicante mirada, dejóla luego caer sobre los que tan innoble proposicion le hicieron con el desprecio y baldon que sus inhumanos corazones merecian, no sin que dejase de contestar á sus airados jueces con la enérgica pero bondadosa calma de su corazon.

—Espero que el cielo olvide en el dia de su justicia, la iniquidad de vuestra sentencia hecha en su santo nombre.

A una seña del presidente salió el preso entre los soldados, y con él los escasos pero conternados espectadores de tan miserable escena.

Solo ya Alberto en su prision, y de frente, podemos decir, con la aterradora idea del tormento, largas y terribles se le hicieron aquellas dos horas; viendo, por fin, el papel que sobre una mesa habian dejado sus carceleros, y olvidado del todo del objeto porque le habian traído, cogió maquinalmente la pluma, y escribió estas sentidas y tiernas palabras:

«Elena, padres míos, con gusto recibiria la muerte si no estuviera convencido del dolor que ella va á causaros. Dios mio; por primera vez en mi vida tiemblo á sus pies....»

El ruido de los cerrojos le hizo abandonar precipitadamente la pluma, y avergonzado de lo que escribia, cubrió con su cuerpo el papel, desmintiendo delante de los hombres con su actitud serena é imponente, la flaqueza que habia principiado á manifestar, digámoslo así, delante de las personas mas queridas del alma.

Antes de que los delegados de la inquisicion que avanzaban, tuvieran tiempo de acercarse á la mesa, les dijo Alberto: nada he escrito, conducidme al tormento.

Momentos despues, los huesos de este desventurado, eran descoyuntados en el interior de un lóbrego y fétido recinto, por los que se apellidaban ministros de una religion cuyas bases son el perdon y la tolerancia.

Afectado su cerebro por la intensidad del dolor, cayó en una mortal congoja: viendo, pues, los verdugos desvanecidas por entonces sus esperanzas por la firmeza de alma de su orgullosa víctima, trataron de trasladarle á la cama que por orden de estos estaba preparando en su prision la hija del carcelero. Esta interesante criatura, cuyos bellos sentimientos desde-

cian enteramente del lugar á que su suerte á vivir la condenaba, leyó por curiosidad las cortas líneas que escribiera Alberto y que fueron interrumpidas por la llegada de su padre. Su lectura hizo concebir á su sensible corazon una fuerte simpatía en favor del desgraciado, y guardando entonces el papel, determinó interiormente aliviar en cuanto fuera de su parte la miserable suerte de su hermoso y jóven preso.

Esta aumentó terriblemente, cuando traido Alberto por cuatro hombres, presentaban sus miembros los lánguidos movimientos de un cadáver.

Desde aquel momento juró esta sensible criatura volverle la libertad si el cielo le concedía la vida.

Muchos dias trascurrieron y ya los ausilios del arte reparado habian algun tanto los estragos que el tormento causara en Alberto, cuando éste con dulce sonrisa y profundo agradecimiento leía un papel que su tierna carcelera habia puesto en sus manos con gran precaucion aun á presencia de su padre.

«Alberto, lo sé todo; amais á una jóven hermosa, y ella os corresponde con delirio, teneis aun ancianos padres, y quereis vivir para consolar sus últimos dias: pues bien, yo os daré libertad para que el tiempo os ponga en brazos de vuestra amada, y os deje cuidar los últimos momentos de los que acaban de enjugar algun tanto sus lágrimas por mis dulces promesas. En cuanto á mí, vuestro eterno agradecimiento me hará menos desgraciada. Discrecion.»

Pasado un mes desde que este brillante rayo de esperanza viniera á dar vida al corazon de Alberto, era recibido por algunos amigos á bordo de un buque que tan solo su llegada esperaba para hacerse á la vela, doblando al presente con solícito cuidado los vestidos que prestados por la enamorada carcelera le habian hasta allí disfrazado, daba con esto digámoslo asi manifestacion de eterno agradecimiento hácia la heroica criatura que con tanta abnegacion le salvára.

Lágrimas de ternura por ella, y de dolorosa despedida por las profundas simpatías que en este suelo dejaba, ofuscaron su vista y ocultaron enteramente á sus ojos las ya lejanas costas de su querida y desgraciada patria.

(Se concluirá.)

Pensamientos.

La filosofía y la medicina han hecho al hombre el mas cuerdo de los animales; la adivinacion y la astrología, el mas loco; la supersticion y el despotismo, el mas desgraciado. (Diógenes).

En la vida del hombre, el capitulo mas largo es el de las adversidades. (De la Bouisse).

Los que gobiernan son como los astros, brillan mucho, pero nunca están en reposo. (F. Bacon).

La única mano digna de gobernar hoy á los pueblos bajo un cetro, no es la que tenderá el arco de Nemrod, sino la que hará pedazos el hierro de la guillotina. (Nodier).

Se habla mucho de los equilibrios políticos, equilibrio no le hay en donde hay movimiento. (Balmes).

Se necesitan siglos para fundar un imperio: una hora basta para destruirlo. (Byron).

VARIEDADES.

Ha salido para la corte nuestro apreciable y entendido colaborador D. Manuel Gimenez.

—Asimismo sentimos tener que participar á nuestros lectores, que la distinguida actriz doña Josefa Valero habrá ya llegado á la coronada villa. Mal agüero para los abonados y aficionados de la leal ciudad.

BIBLIOGRAFIA.

LA HACIENDA DE ESPAÑA Y MODO DE ORGANIZARLA. Por don Juan Pedro Muchada, diputado á cortes por el distrito de la Catedral de Cádiz.—La hacienda es el alma de las naciones. Sin hacienda no puede un pais gozar de libertad, ni tener derechos y garantías, ni progresar en la senda de las reformas útiles y beneficiosas para la comun felicidad. Tanto mas fuerte y mas poderoso, mas respetado de estraños y mas pacifico en lo interior es un estado, cuanto mas arreglada y mejor dispuesta tenga su hacienda, y la justa distribucion del tesoro nacional.—Esta interesante obra consta de dos tomos en 4.º mayor, de hermosa impresion y papel y se halla de venta en la imprenta de D. José Mateu, plaza del Embajador Vich, núm. 12.

TRIROS Y TROYANOS. Historia tragi-cómico-política de la España del siglo XIX, escrita entre agri-dulce y joco-serio, por D. Miguel Agustín Príncipe, licenciado en derecho civil; abogado de los tribunales nacionales; ex-moderante de la cátedra de historia y literatura de la universidad de Zaragoza; bibliotecario cesante de la nacional de esta corte; socio fundador del instituto español, y del estinguido museo lírico, literario y artístico; presidente de sus sesiones de literatura, y ex-catedrático de esta facultad en el mencionado museo; conciliario y profesor de literatura en la academia científica, literaria y artística de *El Porvenir*; ex-redactor principal de *El Espectador*; individuo de la sociedad económica Matritense del ateneo de Méjico, y de otras corporaciones científicas y literarias, etc. etc.—Se han publicado y repartido ya, de esta importantísima obra, á todo amante de su patria, las entregas 1.ª á 41, última del segundo tomo, que comprenden la Jornada segunda: de 1808 á 1814.—Jornada tercera: de 1820 á 1823.—Jornada cuarta: de 1823 á 1833.—Los señores suscritores que no hubiesen recibido las citadas entregas, se servirán acudir á recogerlas á la mayor brevedad que les sea posible, en la citada imprenta.

Imprenta de D. José Mateu Garin.